

Fray Juan Calero

— *Vida y devoción* —

Juan Carlos Carbajal Gutiérrez.

Aviso de derechos de autor:

© Copyright Juan Carlos Carbajal Gutiérrez, 2026.
Todos los derechos reservados.

Queda estrictamente prohibida la **reproducción, distribución, comercialización, venta, reventa o explotación económica**, total o parcial, de esta obra —incluyendo ilustraciones, logotipos, códigos QR, pistas de música y sus letras—, por cualquier medio o procedimiento, ya sea físico, impreso, digital o electrónico, **incluidas plataformas de streaming y/o comercio electrónico, marketplaces, librerías digitales o físicas**, tales como Amazon, Mercado Libre, Spotify, Apple music, Youtube o cualquier otra similar o análoga, sin la autorización previa, expresa y por escrito del autor.

Asimismo, queda prohibida la digitalización, reproducción, escaneo, almacenamiento, transmisión, venta, o puesta a disposición del público, así como el alquiler o préstamo público de ejemplares, sin dicha autorización.

El incumplimiento de lo anterior será sancionado conforme a lo establecido en las leyes vigentes en materia de derechos de autor.

Número de Registro íntegro de la novela INDAUTOR:
03-2023-050414101300-01

ÍNDICE:

Capítulo I: Cuando despunta del alba.	Pág. 4
Capítulo II: El umbral del destino.	Pág. 18
Capítulo III: Sevilla prueba a los hombres.	Pág. 40
Interludio I: El llamado divino.	Pág. 62
Capítulo IV: Allende la mar, el destino.	Pág. 66
Capítulo V: El rugir del horizonte.	Pág. 84
Capítulo VI: La bendición de la arena tibia.	Pág. 116
Capítulo VII: El viento que no trae paz.	Pág. 166
Capítulo VIII: Cuando la tierra advirtió.	Pág. 176
Capítulo IX: La noche que mira.	Pág. 190
Capítulo X: Entre el valle y la lengua.	Pág. 244
Capítulo XI: Algo se enciende.	Pág. 268
Interludio II: Memorias de Bollullos.	Pág. 274
Capítulo XII: La voz del hábito.	Pág. 306
Capítulo XIII: El camino del fraile lego.	Pág. 322
Capítulo XIV: Sangre de paz.	Pág. 356

Nota del autor:

*La presente obra es una **novela histórica de inspiración biográfica**, basada en la figura de Fray Juan Calero, fraile franciscano de la Orden de los Menores del siglo XVI, cuya vida y martirio forman parte de la memoria religiosa e histórica de estas tierras.*

*Los **hechos fundamentales, el contexto histórico, los lugares, así como la vocación, y misión del personaje**, se apoyan en fuentes documentales, crónicas y estudios históricos disponibles hasta la fecha. En especial, se ha procurado respetar el espíritu franciscano de la época, las condiciones sociales de la época y el marco histórico de la expansión misional en la Nueva España.*

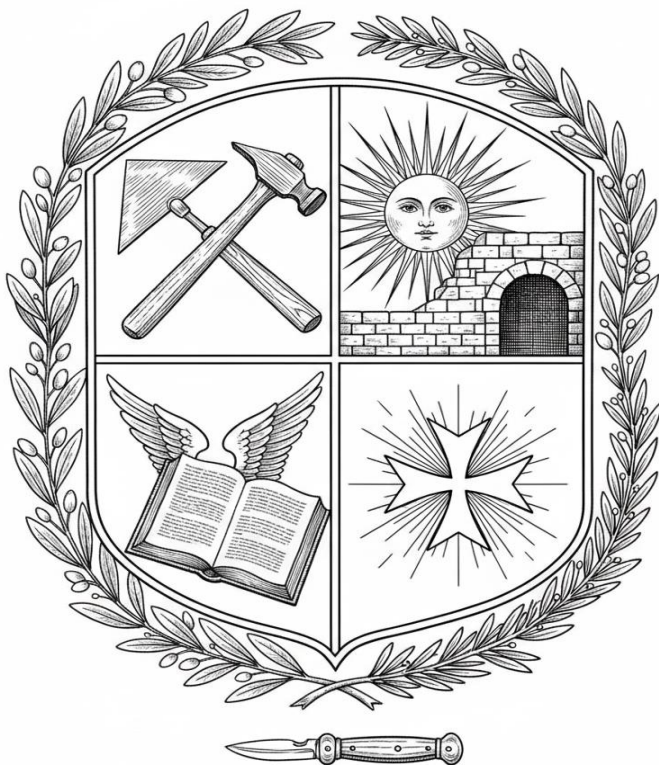
*No obstante, debe aclararse que esta obra **no pretende ser un tratado historiográfico ni una biografía académica**, sino una recreación literaria. Por ello, los **diálogos, escenas, pensamientos, personajes secundarios** y determinados episodios cotidianos han sido **recreados por el autor** con fines narrativos, buscando otorgar profundidad humana al personaje y coherencia novelística al relato, sin contradecir los hechos históricamente conocidos.*

Toda interpretación psicológica o emocional atribuida a Fray Juan Calero responde a un ejercicio de imaginación responsable, sustentado en el contexto histórico y espiritual de su tiempo, y no a testimonios directos conservados.

*El propósito de esta novela es **rescatar del olvido una figura discreta pero significativa**, acercando su historia al lector contemporáneo desde la literatura, con respeto, rigor contextual y fidelidad al espíritu de la época, sin sustituir ni contradecir el estudio histórico formal.*

CAPÍTULO I

Cuando despunta el alba.



Lorete, Reino de Castilla, año del Señor: 1526.

La luz temprana asomaba despacio con un frescor que mordía la piel, y el aire olía a naranjo y a estiércol fresco, mezcla habitual en los pueblos del Aljarafe. Sobre los tejados, aún perlados de rocío, los primeros gallos daban voces como si quisieran despertar al mismo sol, y así, permitirle teñir de oro los viñedos y los olivares que rodeaban el pueblo. Por la calle mayor avanzaba Juan Calero —mozo de veintitantos—, desgarbado, con los brazos fuertes y la mirada despierta. Llevaba al hombro su talega y caminaba con paso ligero hacia la obra del día.

En una pequeña finca de su propiedad, don Enrique de Guzmán y su esposa, doña María Manuel, decidieron erigir el convento de Nuestra Señora de Valverde. Impulsados por una profunda devoción y por lo que parecía ser un designio providencial, tomaron esta determinación después de que, cierto día, al pasar doña María por el puente de Triana sobre el río Guadalquivir —acompañada de la duquesa de Medina Sidonia y varios caballeros—, el puente se hundiera totalmente, provocando que fuese arrojada de su cabalgadura y quedara suspendida de uno de los postes, en situación ridícula y humillante por su desnudez, y en grave peligro de muerte.

Desde aquel día no volvió a presentarse en sociedad y cerró las puertas de su hogar a tertulias y devaneos. Su nombre fue motivo de romances y escándalos en Sevilla. Tras aquel terrible accidente, el matrimonio resolvió construir un convento donde los hijos de San Francisco de Asís cuidaran y promovieran la devoción a la Santísima Virgen, convirtiéndolo en un faro de fe y espiritualidad para la región.

Según Gonzaga, al verse en peligro de muerte, doña María hizo voto de enmendar su vida; por ello donó el terreno y mandó edificar el convento.

Como no tenían hijos, destinaron parte de sus bienes a la obra, bajo la licencia del cardenal arzobispo de Sevilla: Alonso Manrique de Lara y Solís.

Ahí, el golpe de los cinceles ya resonaba entre los muros. La piedra, aún húmeda, despedía un olor frío, casi metálico. Todavía era un bosque de andamios, sogas y maderos, pero se adivinaban ya los arcos que un día acogerían rezos y silencios.

Juan se detuvo un instante a observar cómo la luz nueva se colaba entre los arcos nacientes, como si Dios mismo estuviese probando la obra.

—¡Ea, Juanico, hijo! —tronó una voz por detrás—, siempre eres el primero en llegar. ¡A fe mía que ni el gallo te gana!

Era el maestro Álvaro, natural del Aljarafe, hombretón de espaldas anchas, barba áspera y lengua rápida. Sus ojos, vivarachos como de zorro viejo, lo escrutaban con afecto.

—Buen día tengáis, maese —respondió Juan, dejando la talega a un lado—. La obra non espera, y la piedra menos.

Álvaro soltó una risa que retumbó entre los muros.

—Muchacho, muchacho... si non supiera yo que vienes de Bollullos, pensaría que eres fraile de cuna. ¡Siempre con esa seriedad y ese aire de que Dios te sopla al oído!

Juan bajó la mirada, mezclando cal con agua en la artesa.

—Non es burla, maese. Siento dentro de mí... como un llamamiento. Un ansia de algo más grande que estas paredes, aunque sean para el servicio del Señor.

El maestroladeó la cabeza, curioso.

—¿Cómo que “algo más grande”? Anda, di lo que te roe el pecho.

Juan respiró profundo.

—He oído hablar de la mar Océana... de tierras ignotas, de pueblos que no conocen la palabra del Señor. El Rey ha mandado pedir vasallos para el Nuevo Mundo... y siento que he de ir. Yo mismo me he ofrecido voluntario como criado entre los frailes, y he sido autorizado.

Álvaro frunció el ceño, dejando caer los brazos, pesados como mazos.

—¡Arrea, Juan! ¿Así que eso es? ¿Quieres cruzar la mar como los que parten por Sanlúcar rumbo a Indias? Muchacho... ¿Sabes lo que dices? Allende la mar hay guerras, hambres, enfermedades... y gentes que no quieren castellanos en sus tierras. No es cosa de juego.

Juan sostuvo la mirada sin temblar.

—Lo sé. Mas no puedo acallar lo que siento. Es como si Dios me llamase desde allá. Como si hubiese un muro que espera mis manos... no sólo para poner piedra, sino para levantar almas. Además, por allá no andaré Cerezo de Abreo —comentó a tono de broma, dibujando una sonrisa en su rostro. Álvaro suspiró hondo, pasándose la mano por la barba.

—Ese estirado del Ayuntamiento tendrá su merecido, no por la mano del hombre, sino por voluntad divina. Bastante ha hecho ya por impedir que este hermoso convento se levante —negó con la cabeza, mostrando cierto aire de desatino—. Pero no hablemos más de ese viejo —concluyó—. Siempre fuiste testarudo como mula del Aljarafe... igual que tu padre, que en paz descanse. Pero si tu corazón lo manda, ¿quién soy yo para amarrarte? Sólo te digo: piensa bien, que la mar no perdona descuidos, y sabe morder.

Luego, para romper el silencio, le dio un golpecito en el hombro.

—Anda, mozo. Antes de que te me vuelvas santo, remata ese arco. Que, si te vas, quiero que dejes aquí tu mejor obra.

Juan tomó la llana, y se dispuso a perfilar la curva. Sus manos se movían con precisión aprendida desde niño, como quien reza con los dedos. El golpear de la piedra resonaba como si marcara el ritmo de un destino que empezaba a abrirse.

Un poco más tarde, la jornada se hallaba ya avanzada y con ella llegó el momento de probar bocado. Juan se acomodó a descansar bajo la fresca sombra de un árbol y, pensativo, dirigió la mirada hacia la torre mocha de Lorete, que tiempo después daría su nombre al convento.

—Voto a Dios... —murmuró Juan—. ¿Seré yo, un simple albañil, quien cruce la mar como los grandes capitanes?

Una voz surgió de la sombra.

—Más altos que tú se marean antes de llegar a Sanlúcar.

Juan se volvió. Era Miguel de Torres, amigo de la infancia, quien también había venido a Lorete a trabajar de albañil. Era más alto y más parlanchín, hijo de un pequeño vinatero de Bollullos. Venía con una jarra de barro en la mano y un andar descuidado.

—¡Por vida vuestra, Miguel! ¿Queréis matarme del susto? —rezongó Juan. Por su parte, el amigo soltó una risa floja.

—¡Ea, non digáis memeces! ¿Tanto te asusta un alma viva? Mira que pronto querrás tratar con indios, fieras y demonios... o eso es lo que cuentan los arrieros.

Juan le hizo un gesto para que se sentara junto a él en el pequeño murete. Miguel le pasó la jarra.

—Toma, es mosto nuevo. *“Pa calenta’ las ideas”*, dice mi padre.

Juan bebió un sorbo; el mosto era dulce y áspero a la vez, como la tierra misma.

—Miguel —comenzó con voz seria—. Me voy a la ciudad por la mañana. Non iré solo: cruzaré la mar junto a los frailes; solo tendré que reunirme con ellos en la comisaría de Indias, en la casa grande de San Francisco de Sevilla.

El rostro de Miguel cambió. Dejó de sonreír.

—Así que era cierto... Pero non pensé que fuese para tan pronto. Juanico, tú solo eres un mozo, non fraile. ¿Qué harás allá? —le miró con tristeza.

Juan bajó la vista, inquieto.

—Non puedo esperar más. Siento dentro de mí un fuego que non se apaga, y si me quedo... temo marchitarme como viña sin poda. Mi labor non será distinta de la de aquí, mas allá ayudaré a los frailes en cuanto se pueda.

—Siempre fuiste raro, Juan. Bueno, sí, pero raro. Mientras nosotros corríamos tras muchachas o tras monedas, tú te ibas a ver cómo los frailes levantaban sus arcos. Rezabas todos los días antes de probar vocao’. Y mira ahora: se te ha metío’ en la sangre eso de servir a Dios más allá de la mar —golpeó con suavidad el hombro de su amigo.

Hubo un silencio largo, roto sólo por el murmullo nocturno.

—¿Os duele que me marche? —preguntó Juan, midiendo la respiración.

—Quiá, hombre... —respondió Miguel, aunque su voz tembló un poco—. Me duele, sí. Pero también me hincho de orgullo. Cuando contemos en la taberna que mi amigo Juanico, el de la cal metía' entre las uñas, se fue a Indias con los frailes... nos llamarán mentirosos. Y hasta yo pensaré que es cosa de sueño.

Juan sonrió por primera vez en toda la tarde.

—Si Dios quiere, Miguel... volveré.

—Bah, non digáis eso. Los que se van, non vuelven. Y si vuelven, ya non son los mismos.

Miguel bebió otro trago y suspiró profundamente.

—Prométeme algo, Juan.

—Di.

—Si haces iglesia allá... si enseñas a esos indios a cortar piedra... acuerdaos de este pobre diablo que aquí se queda vendiendo mosto, y arreglando pellejos. Non me borres del recuerdo, ¿vale?

Juan lo miró con una mezcla de ternura y tristeza.

—Nunca podría olvidaros, Miguel. Ni a ti, ni a mi familia, ni al Aljarafe entero. Esta tierra está metida en mis huesos, tal como la cal lo está entre mis uñas.

Miguel se incorporó, algo torpe por el vino.

—Pues anda ya, que mañana madrugas. Y si vas a cruzar la mar... mejor que descanses ahora que puedes —no se habían dado cuenta, a lo largo de su plática, de que el cielo se había tornado claroscuro y las estrellas comenzaban a perlar el firmamento—. Que en las naos dicen que duermen todos como sardinas, oliendo a sudor y a miedo.

Juan rió, y la risa se perdió entre el viento.

Miguel se despidió con un amplio gesto en dirección al pueblo, y Juan, por su parte, se quedó en el convento.

—¡Ea, mi alma! —le gritó desde lejos—. Si la mar te lleva... que Dios te traiga.

Juan se detuvo un instante. Sintió el corazón golpearle el pecho, no como un tambor de guerra, sino como un llamado... un llamado que venía de muy lejos. Era aquella hora incierta en que la tarde ya había dicho adiós; la brisa del Aljarafe corría suave entre las viñas, pero la noche aún no se atrevía a mandar del todo.

Recordó entonces la vez en que tuvo que dejar su hogar en Bollullos para asistir, por devoción, a erigir el convento de Lorete, siendo sirviente de los frailes. Rememoró su última noche allí, avanzando por el sendero de tierra que llevaba al caserío tras una jornada pesada.

Las nubes, encendidas por el sol que se ocultaba, se asemejaban a mosto derramado en el cielo.

Todo era tan familiar: la misma sensación de un adiós que solo el destino sabrá si habrá de ser un hasta pronto. La casa familiar se alzaba al borde de los olivares, iluminada por un candil. Desde dentro salían voces, murmullos que callaron apenas él empujó la puerta.

Aquella noche, al regresar a su casa, el olor del guiso de su madre lo recibió antes que sus pasos.

En la cocina, iluminada por la lumbre baja, doña Teresa —mujer recia, de manos curtidas y voz suave—, removía un puchero de garbanzos mientras canturreaba un romance antiguo junto al fogón.

Desde fuera se veía la luz temblar detrás del ventanuco, como si la llama también temiera lo que estaba por venir. Juan respiró hondo antes de empujar la puerta.

Adentro estaban todos.

Sus dos hermanos menores, Carlos y Ruy, sentados en un banco de madera. Y en un rincón, su tío Gonzalo, curtido de sol, afilando una navaja que no necesitaba afilar —como si ocuparse las manos fuese la única manera de no ocuparse del corazón.

Apenas entró, las conversaciones se apagaron como una vela de golpe.

—Ya era hora, muchacho —gruñó el hombre, sin levantar la vista—. Creí que te nos ibas sin despedirte.

Juan intentó sonreír.

—Non me iría sin veros... non esta noche.

Sus hermanos se levantaron al instante. Carlos —el mayor de los dos—, lo abrazó sin aviso, con fuerza, como quien teme perder más que un hermano.

—Non entiendo por qué te vas, hermano —murmuró con voz rota—. Aquí tienes tu oficio, tu gente... tu vida.

Juan le devolvió el abrazo, dándole palmaditas en la espalda.

—Non lo entenderías, aunque te lo dijera —respondió, sin dureza—. Pero créeme: debo irme.

Ruy —el menor—, lo miró con los ojos enormes, rojos por contener el llanto.

—¿De veras vas al Aljarafe, Juan? ¿Tan lejos? —El joven se agachó hasta quedar a su altura. Le puso una mano firme en el hombro.

—Ruy, escucha... El mundo es grande, sí. Y, además, adonde voy non está tan lejos: apenas serán un par de leguas de distancia. Pero non importa cuán lejos vaya, yo...

—¿Volverás? —interrumpió el niño, incapaz de contenerse.

Juan tragó saliva.

—Haré cuanto esté en mis manos por volver a veros. Eso os lo prometo. Me quedaré con los frailes a servir, y a trabajar en el convento de Nuestra Señora de Valverde. Solo será por una pequeña temporada.

Ruy se lanzó a abrazarle la cintura. Juan cerró los ojos. Ese abrazo, más que cualquier palabra, casi lo hace desistir.

Su madre esperó paciente a que sus hijos se apartaran, y cuando lo tuvo frente a ella, no lo abrazó enseguida. Lo miró primero, largo, como si quisiera grabarse sus facciones en el alma.

—Hijo mío... —dijo al fin—. Sabía que este día llegaría. Más non pensé que fuera tan pronto.

Él bajó la cabeza.

—Madre... non sé si hago bien.

Ella le levantó el mentón con dos dedos.

—Haces lo que tu corazón te manda. Y eso nunca ha sido camino fácil.

Se acercó y lo besó en la frente, gesto que repetía desde que él era niño.

—Tu padre estaría orgulloso —susurró—. Aunque te regañaría primero por non contarnos todo.

Juan cerró los ojos un instante.

La mención de su padre cayó sobre él como un golpe suave, pero firme. Él se había marchado rumbo a la mar, buscando algo más... sin embargo, la muerte jamás le permitió regresar al hogar.

—Non puedo decirte más, madre... —su voz tembló—. Non ahora.

—Non hace falta —respondió ella con una serenidad antigua—. Las madres non necesitamos saberlo todo para entenderlo.

Gonzalo, desde el rincón, carraspeó.

—Si vas a Espartinas, sobrino, ve con ojo vivo. Non te fíes de cualquiera. Ese lugar, devora a los incautos.

Juan sonrió.

—Lo tendré presente, tío.

—Si tu trabajo será en un obrador con los frailes, escríbenos —añadió Gonzalo—. Una carta basta para saber que sigues vivo.

Su madre intervino:

—Y si non tienes a dónde ir, si non encuentras nada... entonces vuelve. Aquí siempre tendrás pan y techo.

Juan asintió, sintiendo el peso y la ternura de esas palabras.

Finalmente, se acercó de nuevo a sus hermanos. Carlos le puso en la mano una pequeña navaja sencilla.

—Es de nuestro padre —dijo—. Llévala contigo. Non para pelear, sino para recordar quién eres.

Juan la tomó con reverencia.

—Gracias... de verdad.

Ruy —con los ojos húmedos—, le ofreció un pequeño manojó de romero.

—Para que huelas tu casa cuando estés lejos —susurró.

El joven sonrió. Ese gesto sencillo lo desarmó por dentro.

—Gracias, hermano.

El silencio que siguió no era incómodo; era uno de esos silencios que se sienten sagrados. Las horas pasaron sin que ninguno de ellos lo notara.

Compartieron la que sería su última cena juntos: conversaron, recordaron viejos tiempos, hubo risas y hasta algún canto.

Por un instante, todo fue felicidad, mientras el tiempo se escurría entre ellos como arena fina entre los dedos.

Doña Teresa tomó aire.

—Es hora, hijo.

Juan lo sabía.

Todos lo sabían.

Se abrazaron los cuatro: un abrazo torpe, apretado, cálido. Un abrazo de familia que no se da todos los días. Luego se retiró a su lugar de descanso. Necesitaba dormir un poco, guardar fuerzas para lo que venía. El alba marcaría su partida, y con ella, el comienzo de algo que habría de volver a darle forma al alma.

Antes de dormirse, escuchó a su madre moverse en la cocina, apagando la lumbre.

—Dios te guarde, hijo —susurró ella, creyéndolo ya dormido.

Juan no respondió. Si lo hacía, sabía que no se iría.

Fue así que Juan, vuelto al presente, cerró los ojos; mas el sueño no llegó. Giró entonces la mirada hacia su talega, la tomó y sacó de ella la navaja de su padre. Al instante, el olor del romero le llenó el pecho como un último abrazo. Aquello le otorgó una paz renovada: sabía que su camino debía proseguir y que no estaba solo. Apretó la navaja con suavidad, la dejó a su costado y se dispuso a descansar, pues al primer canto del gallo ya no habría vuelta atrás.

— *Ea, mi alma, cruzaré la mar.* —



CAPÍTULO II

El umbral del destino.



Apenas el alba asomaba su primer resplandor tras los olivares del Aljarafe, cuando aún los gallos tanteaban la luz con canto incierto y la neblina ceñía los campos como velo húmedo, Juan despertó. Más había velado que dormido, pues el peso del día venidero, mezclado con cierta congoja que no sabía nombrar, no le concedió reposo alguno.

Incorporóse con tiento, como quien teme turbar la quietud de la casa. La estancia, pobre pero aseada, se hallaba envuelta en aquella penumbra azulenca que antecede al día. Revisó sus alforjas, ajustó las correas y, a modo de despedida muda, dejó posar los ojos en las paredes que le cobijaron el tiempo que laboró, y sirvió ahí.

Abrió la puerta en silencio. El aire frío de la madrugada golpeó su rostro, cargado de olor a tierra húmeda y a mosto reciente. A las afueras se hallaba fray Juan de Granada —guardián del convento—, quien lo saludó mientras barría la entrada; le dio su bendición y lo instruyó para seguir la senda marcada en dirección al convento de la *Casa Grande de San Francisco de Sevilla*, donde debía reunirse con fray Francisco Lorenzo y otros nueve frailes, para partir primero a la *Comisaría de Indias* y después a la iglesia de *Santa María del Paso*. Así fue su despedida: sin bombos ni ceremonias. Todo era simple, como un acto cotidiano, una acción de obediencia.

Las calles permanecían mudas, salvo algún perro flaco que husmeaba entre sombras. El joven echó a andar, pero se detuvo al cabo de unos pasos para mirar, con un temblor leve en el pecho, la humilde morada que dejaba atrás. No tenía palabra que decir ni oído que la recogiese. Apretó los labios, respiró hondo y murmuró casi sin voz:

—Dios me guíe en lo que venga.

Porque para él, el viaje no era devoción ni ceremonia. Era servicio. Y en ese ir y venir, sin nombre ni memoria, también se sostenía el convento.

El cielo comenzaba a teñirse de suaves matices rosados. Juan alzó la capa sobre los hombros, enderezó el paso y se encaminó hacia Sevilla, no como quien huye, sino como quien acude a un llamamiento cuyo fin aún ignora, pero siente que ha de cumplir.

El destino se encontraba a unas cuatro a seis horas de distancia, aunque no era fraile, tenía arraigadas varias virtudes, y la pobreza Franciscana, era una de ellas, por lo que el recorrido lo realizó a pie. Solo disponía de algo de pan, agua y papeles sellados que debían llegar.

Tomó el camino del Aljarafe, el mismo que seguían labradores y arrieros. A esa hora apenas se cruzaba con nadie: algún hombre que iba al campo, el ladrido lejano de los perros. El sendero subía y bajaba suavemente entre olivares, con la tierra aún firme, antes de que las lluvias la volvieran barro.

Al pasar por Espartinas y Gines, el sol ya asomaba. El sirviente avanzaba sin prisa. Sabía que no debía forzarla: el camino era largo, pero conocido. En Castilleja de la Cuesta se detuvo un momento. Bebió un trago de agua y siguió. Desde lo alto, Sevilla comenzaba a insinuarse, difusa, entre la neblina.

El descenso hacia Triana exigía más atención. El tránsito aumentaba: carretas cargadas, mercaderes, peregrinos. El olor del río se hacía presente antes de verlo. Al llegar al Guadalquivir, aguardó turno para cruzar el puente de barcas. El agua corría oscura; noviembre no era mes amable para distracciones.

Juan observaba cuanto le rodeaba con atención nueva, como quien desea imprimir en el alma cada detalle por temor de perderlos. Las hojas agitadas por el viento, el olor del tomillo pisado bajo los cascos, la humedad que trepaba por su calzado... todo le parecía distinto, aun siendo cosas vistas mil veces. Quizá porque, por vez primera, no andaba como vecino, sino como viajero.

Un arriero de barba cana se detuvo un instante para acomodar un odre rebelde.

—Día os dé Dios —dijo el hombre.

—Y a vos también —respondió Juan con respeto.

—¿A Sevilla vais, mozo?

—Voy a servir en lo que pudiere —dijo Juan, bajando un poco la mirada.

El arriero lo escrutó de arriba abajo, sin desdén, pero con aquel tino que dan los años y la experiencia de ver partir a tantos jóvenes con ilusiones tan frágiles como alas de mariposa.

—La ciudad es fiera cuando quiere —advirtió el viejo—. Pero si tenéis honra en el pecho y manos fuertes, pan non os ha de faltar. Caminad, que todavía queda trecho.

Aquellas palabras le quedaron resonando a Juan, como semillas recién lanzadas al surco. *Honra... manos fuertes...* ¿Bastarían? No lo sabía.

El sol ascendía, calentando la campiña y dejando ver toda su hermosura.

A un lado se extendían las viñas como mares verdes; al otro, los campos arados mostraban cicatrices frescas abiertas por la reja. Una venta solitaria humeaba a lo lejos, prometiendo descanso.

Juan se detuvo en un claro, tomó agua, y al alzar la vista vio en el horizonte una bruma dorada que anunciaba a la cercanía, la grandeza de la ciudad. El corazón le dio un vuelco extraño: mezcla de temor y esperanza. Con más ánimo que certidumbre, retomó la marcha, como quien siente que una mano invisible lo empuja a caminar sin preguntar.

Avanzó por calles estrechas, esquivando gente y animales. Juan había llegado a la gran ciudad; de inmediato, esta lo envolvió con su ruido y su peso. Alcanzó una venta humilde, construida más por necesidad que por arte.

El letrero, torcido y casi borrado, pendía de un clavo herrumbroso como si pidiera misericordia al viento. Del interior escapaba olor a caldo reciente y pan tostado, lo cual despertó en él un hambre que había sabido disimular hasta entonces.

Entró con cautela. Una penumbra fresca dominaba la estancia, quebrada solo por el resplandor lento de un brasero y por la luz avara que entraba por dos ventanucos.

Un par de trajinantes comían en silencio, resignados al cansancio del camino. Tras el mostrador, una ventera de robustas carnes y mirada despierta lo observó sin sorpresa.

—¿Qué buscáis, zagal? —preguntó, frotando un cuenco con un paño fatigado.

—Algo caliente de comer, si vuestra merced se sirve —respondió Juan, procurando mantener compostura.

La mujer asintió y le sirvió puchero humeante y pan duro. Juan comió con avidez contenida, escuchando el murmullo de las pláticas: que si el trigo estaba caro, que si unos forasteros habían armado gresca la víspera, que si Sevilla andaba revuelta con nuevas ordenanzas.

Pagó lo justo y salió de ahí.

El camino, ahora más transitado, bullía de gentes distintas: mercaderes con paños flamencos, clérigos en mulas pacientes, soldados que caminaban ufanos con espuelas relucientes. La ciudad se hallaba cerca; podía sentir su aliento. Y entonces, tras superar una curva entre dos lomas, la vio...

Sevilla.

No el nombre, sino la visión colosal. Torres erguidas queriendo besar el cielo, murallas que parecían arder bajo el sol de la tarde, tejados rojizos que brillaban como brasas encendidas. Un murmullo lejano —mezcla de pregones, risas, voces y campanas—, llegaba a sus oídos como un aliento incesante.

Juan quedó inmóvil. Un temblor, mezcla de maravilla y temor, recorrió su pecho. Era como contemplar un gigante vivo. Respiró hondo, apretó las alforjas y retomó el paso.

El aire se llenó de aromas desconocidos: especias, humo, vino, y un perfume cambiante propio de las ciudades grandes donde confluyen todos los oficios y todas las vidas.

Sevilla, bañada en aquella luz de grandeza, parecía más promesa que amenaza. Y el muchacho, aunque mozo de pueblo, se sintió llamado a cruzar aquel límite que separa al muchacho del hombre.

El camino, más ancho conforme se acercaba a la ciudad, descendía hasta dar en la Puerta de Carmona, cuyos muros de tapial, recios y sobrios, imponían respeto.

Soldados con jubones desgastados guardaban el paso, apoyados en picas que relucían bajo el sol menguante.

Cerca de ellos, un escribano sentado ante una mesa coja anotaba nombres, carros y mercancías con pluma incansable. Se detuvo un momento antes de franquear el arco. Sentía que, una vez dentro, no habría retorno fácil. Era un umbral verdadero.

Respiró hondo y entró.

El bullicio lo envolvió de inmediato. Carreteros arreaban mulas con voces roncadas; mercaderes alababan sus géneros; mozas apresuradas llevaban cántaros; alguaciles vigilaban con ojo adusto.

El aire estaba saturado de humo, especias, voces y prisa.
—¡Aparte, mozo! —bramó un carretero.

Juan se arrimó al muro justo a tiempo para no ser arrollado. Un carro pasó tan cerca que sintió el roce del madero.

Siguió caminando, cauteloso.

Las casas altas, con balcones de hierro forjado, proyectaban sombras largas. A través de puertas entreabiertas veía patios frescos, con pozos y jazmines que despedían un aroma suave.

Un pregonero gritaba desde una plazoleta:

—¡Oíd, oíd! ¡Nuevas ordenanzas del Cabildo para carros y ventas del Arenal!

Rozaban su oído otras voces: soldados discutiendo precios, viejas necias regateando pescado, niños descalzos corriendo.

Pasó junto a una fuente donde varias mujeres lavaban ropa:

—Mirad al forastero —dijo una moza, con sonrisa viva.

—Ese no es de aquí —añadió otra, sin burla, casi alegre.
Juan bajó la vista y siguió adelante, sonrojado.

Las calles serpenteaban sin orden aparente. Sevilla se abría ante él como un laberinto vivo al que debía aprender a escuchar y a temer. Y mientras avanzaba, comprendió que la ciudad no lo esperaba: lo devoraba, lo probaba, lo medía.

Cuando dobló la última esquina y entró en el Arenal, la impresión fue tan grande que detuvo el paso. Había oído hablar del lugar, pero jamás pudo imaginar semejante bullicio.

A ambos lados del camino se elevaban astilleros improvisados, donde carpinteros golpeaban maderos enormes destinados a las naos que irían a las Indias.

La luz del sol hacía brillar las vetas de la madera recién cortada, como si cada tabla guardase un secreto del mar. El olor era mezcla de pez, serrín y sudores.

Cuerdas gruesas colgaban de postes; marineros semidesnudos arrastraban barriles; mercaderes voceaban precios; escribanos anotaban en tablillas; y un sinfín de acentos resonaba en el aire.

Había gentes de todos los rincones: vascos, extremeños, portugueses, y algunos negros del África que trabajaban descargando mercancías.

Un grito resonó:

—¡Apartaos, que pasa el mástil!

Juan se pegó de inmediato contra una pared, dejando pasar a cuatro hombres que cargaban un tronco impresionante, tan recto y pulido que parecía obra de la naturaleza puesta al servicio de la mar.

Detrás venía un capataz que, al verlo tan encogido, le dijo:

—No os metáis donde puedan quebraros los huesos, mozo. El Arenal no perdona descuidos.

Juan asintió, y el hombre se alejó dando órdenes con voz áspera.

Siguió caminando, maravillado.

Cada paso era una escena nueva: una partida de toneles rodando; un escribano discutiendo con un capitán; un herrero avivando el fuego para templar anclas; un grupo de muchachos descalzos llevando cubos de agua.

El Arenal era un mundo dentro del mundo.

Un marinero joven, con sonrisa de quien conoce las bromas que regala el mar, le dijo:

—Si venís a embarcar, buscad compañía y bolsa llena; si venís a mirar, mirad deprisa. Aquí hasta el polvo anda aprisa. Juan respondió:

—Solo paso. Busco la Comisaría de Indias.

El marinero rió.

—Pues bienvenido, ya estás en ella, mozo.

—Le agradezco. Solo que busco el convento de la Casa Grande de San Francisco. Soy viajero y non conozco este sitio. ¿Sería tan amable de indicarme cómo he de llegar ahí?

—Seguir recto por este camino, no está muy lejos de aquí. Si no se desvía, seguro llegará.

—Le agradezco mucho —siguió su camino.

A Juan le pareció que aquella parte de la ciudad ardía con un fuego vivo que no necesitaba llamas.

Era energía, ruido, fuerza... y también peligro. Y mientras avanzaba, sintió que Sevilla, en toda su grandeza, lo estaba recibiendo a su manera: sin ternura, pero con una verdad cruda que solo las ciudades destinadas a marcar un destino poseen.

Dejó atrás el Arenal y tomó una calle que ascendía suavemente.

A medida que subía, el ruido de martillos y voces se hacía más distante, sustituido por un silencio denso, detenido. El aire se volvió más fresco. Y entonces, entre los tejados, surgió la mole.

El vetusto convento Grande de San Francisco ocupaba una vasta extensión de terreno, cerrada por muros altos y continuos, levantados en piedra y tapial, encalados en su mayor parte, aunque oscurecidos por el tiempo y el humo de las lámparas.

Su fachada era severa, sin exceso de ornamentos, con una portada de piedra sobria y bien proporcionada. Desde fuera, la torre o espadaña se recortaba con discreción sobre los tejados vecinos.

Juan quedó sobrecogido. Nunca había visto una construcción tan colosal. Se acercó despacio, temeroso de romper la solemnidad del lugar.

Las losas del suelo despedían aún el calor del día, pero el ambiente era casi frío, como si la piedra guardara un silencio sagrado.

Entonces acudió a su mente el recuerdo de cuando recién había llegado al Aljarafe, lleno de devoción y ánimo de servicio, para ayudar a construir el convento de Lorete.

Recordó también su primer encuentro allí: un hombre que lo observaba desde lo alto de un andamio, el cual crujía levemente al balancearse.

—¿Buscáis a alguien, muchacho? —preguntó él sin brusquedad.

—No, señor. Solo... la miraba. Es hermosa.

El maestro asintió con gravedad.

—Hermosa y terrible. Ha costado vidas levantarla. Y otras más costará, antes de que Dios permita verla concluida.

Calló, y su mirada se perdió entre los contrafuertes gigantes. Se oía el golpe lejano de un martillo rezagado. Una golondrina cruzó el aire, y el eco que dejó parecía parte del templo mismo.

El maestro añadió:

—Hay cosas que están hechas para durar más que nosotros.

Esta es una de ellas. Cuando entréis, recordadlo: la piedra oye más de lo que parece.

Juan inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Gracias, señor.

El hombre lo observó con una mezcla de cansancio y afecto, como quien reconoce en un joven el mismo asombro que él tuvo décadas atrás.

—Id con Dios, muchacho. Lorete sabrá enseñaros... aunque no siempre de la manera más dulce.

Un soplo de realidad alcanzó a Juan cuando un fraile de rostro curtido y barba cana le habló al costado.

—Dios contigo, hijo mío. ¿Qué necesitáis?

—Buen día, padre. He sido enviado por fray Juan de Granada. Traigo conmigo documentos de su parte y he de reunirme con fray Francisco Lorenzo para la expedición a Indias.

—Entonces sois vos quien habrá de servir a los hermanos; os estaba esperando, hijo. Pasad, por favor. Os daré un poco de agua: debéis de venir cansado.

—Le agradezco, padre.

Ambos ingresaron al lugar, donde el joven fue recibido de forma cálida por el guardián.

—Buenas tardes, hijo. Tú debes de ser Juan, ¿cierto?

—Así es, padre.

—Seáis bienvenido. Estoy muy contento de que hayáis venido. Dios os ha enviado con nosotros como muestra de su amor.

Por favor, acompáñame; te llevaré a tomar algún bocado y a mostrarte el lugar donde habrás de reposar.

El camino debió de ser pesado —comentó—. Preparaos, porque mañana a primera hora embarcaremos en el muelle de las Muelas rumbo a Sanlúcar de Barrameda.

—Le agradezco, padre. Dios le bendiga.

El joven guardó reposo en una pequeña celda destinada a los sirvientes del convento, ahí, tomó un gran sorbo de refrescante agua, bajo sus pertenencias, y se dispuso a recostarse en una austera cama de madera, y colchón de paja cubierta por sábanas de lino.

La sensación era familiar, como si todo hubiese comenzado de nuevo. El recuerdo volvió a él: el primer día de su llegada a Lorete, cuando había dejado su natal Bollullos en busca de su destino, lleno de fe y devoción.

El día transcurrió con normalidad. Juan había descansado y ordenado sus cosas para partir al día siguiente. Ya había sostenido una plática con fray Francisco, quien lo felicitó por acompañarlos y ofrecerse por pura devoción.

El crepúsculo dio paso a una oscuridad suave, mientras las primeras lámparas de aceite se encendían en las esquinas. Sevilla, que de día hervía como caldera impetuosa, parecía transformarse en otra criatura cuando la noche comenzaba a adueñarse de sus calles.

Las sombras alargadas envolvían los muros, y las voces, antes claras, se volvían murmullos.

Juan había solicitado permiso para salir a la ciudad y conocerla un poco. Avanzaba despacio, abrigándose con una capa.

Las casas, altas y estrechas, proyectaban sombras que se retorcían al paso del fuego de las lámparas.

De algunas ventanas salía el aroma de un guiso tardío; de otras, risas apagadas; y de ciertos rincones, un silencio inquietante que invitaba al cuidado.

Cruzó una calle donde un grupo de mozos discutía acalorado. Al verle, uno murmuró:

—Mirad al forastero...

Pero no dijeron más, y Juan apresuró el paso.

En una plazuela pequeña, un juglar cantaba con voz desgastada mientras una docena de hombres bebía de un pellejo que pasaba de mano en mano.

La luz del brasero les iluminaba los rostros, marcados por la fatiga del día. Juan prefirió bordearlos y seguir su camino.

Más adelante, vio a dos alguaciles rondando con faroles. Uno de ellos lo observó de arriba abajo.

—Id con tiento, mozo —dijo el alguacil—, que la noche trae consejos que de día se esconden.

Juan inclinó la cabeza y siguió.

La ciudad, aun en penumbra, tenía un pulso inquietante. No era peligro inmediato, sino la sensación de que cada esquina podía revelar algo inesperado.

La multitud del día había dado paso a figuras solitarias, gentes que parecían moverse con destino secreto.

El aire se volvió más fresco. Desde el convento, ahora sólo un perfil oscuro recortado contra el cielo, llegaba un tañido lento que estremecía el silencio.

En ese instante, Juan sintió un estremecimiento que no pudo explicar.

No era miedo, sino la certeza de que algo estaba a punto de ocurrirle. Algo que no había buscado, pero que el destino —o Sevilla misma—, parecían querer poner en su camino.

Mientras avanzaba por una calle estrecha, apenas sostenida por la luz temblorosa de un farol, Juan escuchó pasos arrastrados detrás de él. No eran apresurados ni amenazantes, sino lentos, medidos, como si conocieran de memoria cada piedra del suelo.

Se volvió con cautela.

De entre las sombras emergió un anciano de barba larga, blanca como la cal, y ojos de una viveza inquietante.

Vestía ropas pobres, pero limpias, y se apoyaba en un bastón oscuro, tan gastado que parecía haber acompañado a muchos inviernos.

Se detuvo frente al joven y lo observó con detenimiento: la ropa ajada del viaje, la cal aún prendida bajo las uñas, el gesto de quien todavía no pertenece a ningún lugar.

—Recién llegado, ¿cierto? —dijo al fin, con voz grave y un acento apenas perceptible, distinto al de los demás.

Juan se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabe, señor?

El anciano sonrió apenas, con una mueca más cercana al recuerdo que a la alegría.

—Porque Sevilla aún no te ha puesto su peso encima. Caminas como quien todavía no teme... ni espera demasiado. Eso solo lo hacen los forasteros. Lo sé, porque también yo lo fui una vez; mas ahora, Sevilla me ha hecho suyo, y soy de aquí.

Guardó silencio un instante, ladeando la cabeza, como si escuchara algo que Juan no podía oír.

—¿Qué haces a estas horas por estas calles? —añadió—. La noche no es amiga de los que llegan por primera vez.

—Solo camino —respondió Juan con respeto—. Quiero conocer la ciudad antes de irme. He venido a servir en lo que pueda... a trabajar... a buscar mejor fortuna.

—Fortuna... —repitió el anciano, saboreando la palabra—. Muchos vienen a Sevilla buscándola. No todos la hallan. Algunos encuentran cosas que no buscaban. Y otros... —su voz se volvió más baja— ...dejan atrás más de lo que creían traer consigo.

Juan sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No era miedo, sino una inquietud honda, como si aquellas palabras lo nombraran sin conocerlo.

—¿Y usted qué hace aquí? —preguntó.
El anciano apoyó ambas manos en el bastón y luego levantó un pequeño pergamino que asomaba entre sus ropas.

—Escribo lo que veo —dijo—. Porque esta ciudad tiene demasiadas historias, y pocas voluntades para recordarlas. Alguien ha de dejar constancia... aunque nadie lea.

—¿Y qué habéis visto hoy? —preguntó Juan, casi sin pensarlo.

El viejo lo miró fijamente.

—A un muchacho de mirada inquieta, que cree caminar solo y que está a punto de vivir grandes cosas. Lo sé porque... —aguardó un momento, parecía reflexionar sus palabras—. Bueno... los jóvenes como tú, tan llenos de energía, siempre buscan comerse al mundo —concluyó—. Déjame decirte que la vida nunca deja a nadie sin respuesta.

El viento se coló por la callejuela y agitó las sombras. Una vela cercana titiló.

—Decidme, señor —se atrevió Juan—, ¿cómo os llamáis?

El anciano pareció dudar. Luego respondió, con voz serena:

—Me llamo Carlos Parra. Aunque hace tiempo que la ciudad me nombra de otras maneras —le miró con una sonrisa cálida dibujada en el rostro.

Juan quiso preguntar cuáles, pero el anciano ya continuaba:

—Escuchame bien, muchacho. Lo que parece guía a veces no guía, y lo que parece sombra, a veces guarda misericordia. No desprecies consejo ni compañía honrada. Y cuida tus pasos: esta ciudad prueba a los hombres antes de mostrarse a ellos.

Se inclinó un poco más hacia él.

—Y si esta noche sientes que alguien te mira... puede que sea cierto. O puede que sea solo el peso de Sevilla posándose sobre tus hombros.

Una ráfaga más fuerte apagó la luz. Cuando el joven volvió a enfocar la vista, el anciano recogía sus cosas con parsimonia.

—Buenas noches, Juan —dijo, llamándolo por su nombre sin que este recordara habérselo dicho—. Mañana será un día importante.

El joven sintió el impulso de detenerlo, de pedirle explicaciones, de preguntarle cómo sabía quién era.

Pero el hombre ya se alejaba, bastón en mano, perdiéndose por una calle lateral, hasta quedar envuelto en sombras, como si nunca hubiera sido un hombre, sino una voz antigua de la ciudad misma. Juan lo siguió con la mirada hasta que la noche lo tragó por completo.

Un presentimiento extraño pesó sobre su pecho. No sabía quién era aquel hombre, ni cómo supo lo que él buscaba. Pero intuía —sin poder explicarlo—, que aquel encuentro no había sido casual.

Continuó su camino. Las lámparas de aceite pendían de los muros como luciérnagas cansadas, y su luz temblorosa apenas vencía la noche.

Las casas eran más humildes, con portones viejos y paredes encaladas que despedían un resplandor tenue bajo el resquicio de luz.

Aquella zona de Sevilla tenía un aire más recogido, casi doméstico, como si el bullicio del día quedara lejos, apagado por el sueño de sus moradores.

Pronto vio una puerta ancha de madera oscura, gastada por los años, pero aún firme. Sobre ella colgaba un farol humeante que derramaba una luz ámbar. Un rótulo, apenas legible, decía: *“Casa para huéspedes de Doña Mencía”*.

Era un detalle casi innecesario, pues la mayoría de los que ahí se alojaban —por no decir nadie—, sabía leer o escribir. El lugar ya era conocido y honrado: un sitio donde dormir tranquilo y disfrutar un buen plato con sazón hogareño.

Juan respiró hondo y empujó la puerta. Un tintineo metálico anunció su entrada.

El interior era modesto, pero limpio y ordenado. Un fuego suave ardía en el hogar, proyectando sombras rojizas sobre las paredes encaladas.

Varias mesas de madera ocupaban la estancia y, en un rincón, unos viajeros tomaban caldo en silencio, con los rostros fatigados por la jornada.

El aire olía a lana húmeda, a guiso reciente y a esa tibieza que solo un hogar bien mantenido sabe dar.

Detrás de un mostrador de tabla gruesa estaba doña Mencía, mujer de aspecto recio, con el cabello recogido bajo un paño blanco y un gesto que mezclaba severidad y hospitalidad antigua.

La posadera lo examinó con una mirada rápida.

—Buenas noches tengáis, mozo. ¿Qué buscáis por aquí a estas horas?

Juan inclinó la cabeza con respeto.

—Buenas las tengáis, señora.

Doña Mencía frunció ligeramente los labios, midiendo al joven con un ojo experto que parecía haber visto pasar a medio reino por aquella puerta.

—Forastero sois —dijo, sin necesidad de preguntar.

—Lo soy, señora.

La mujer asintió despacio.

—¿Venís solo?

—Sí, solo yo.

—Bien. Mientras paguéis y vuestras manos no traigan pependencias, aquí hallaréis cama y techo. Esta casa es pobre, pero honrada. Tres maravedíes la noche. Y si roncas, más.

—No busco posada, señora. Os lo agradezco.

Doña Mencía alzó una ceja.

—Si no venís buscando dónde dormir, ¿qué os trae por aquí?

—Nada en particular —respondió Juan—. Solo me llamó la atención ese aroma que embriaga con su dulzor.

—Ah... conquese eso es. Tomad asiento.

Doña Mencía le sirvió un cuenco caliente. Aquel gesto reconfortó a Juan más que cualquier palabra. Se sentó en un banco cercano al fuego y comió despacio, observando el salón con curiosidad callada.

Los huéspedes hablaban en voz baja: mercaderes discutiendo precios, un soldado jactándose de hazañas dudosas, un arriero lamentando la cojera de su mula. Era un mundo pequeño dentro del vasto mundo de la ciudad.

El cansancio pesaba ya en su cuerpo.

Cuando terminó de comer, Juan agradeció la comida con un halago, pagó a la posadera y se retiró del lugar. Decidió que aquella visita había sido suficiente.

Regresó al convento cuando la noche estaba ya avanzada, poco antes de la hora límite impuesta por el guardián. Fue recibido por un fraile y conducido a su celda: amplia, pero humilde.

Dejó las alforjas junto al jergón y se recostó, sintiendo el alivio en las piernas tras la larga jornada. No podía dormir aún. Miró las vigas oscuras del techo, dejando que la quietud de la noche se asentara en su interior.

Entonces volvió a su memoria la frase del anciano volvió a él como un eco que no encontraba reposo: *“Lo que parece guía a veces no guía... y lo que parece sombra, a veces guarda misericordia.”*

Juan abrió los ojos y miró la oscuridad del techo. Por un instante, tuvo la sensación —tan nítida como inexplicable—, de que alguien escribía su nombre en algún lugar de la ciudad, con letra paciente y antigua.

Sevilla no olvidaba a quienes cruzaban su umbral.

Y él ya lo había hecho.

— *El umbral.* —



CAPÍTULO III

Sevilla prueba a los hombres.



Juan se levantó apenas el gallo dio el primer aleteo. Se frotó el rostro con agua fría del barreño y salió a reunirse con fray Francisco y los otros nueve, dispuestos a partir rumbo al puerto.

—Buen día, fray —saludó Juan con respeto—. Estoy preparado para ir con vos —sonrió.

—Buen día —respondió el fraile con amabilidad—. Me parece que hoy no zarparemos, Juan. Me han notificado desde el puerto que la nave ha sufrido una descompostura en el ala izquierda y no podremos partir hasta que sea reparada —añadió, con gesto desalentado.

—¿Cómo ha sido eso posible? —preguntó Juan, sorprendido. Sevilla no esperaba a nadie. Y Juan lo supo.

—Al parecer, en su retorno a esta tierra, la nave resultó dañada tras una fuerte tormenta. No podremos irnos hasta dentro de un par de días... quizá semanas.

—Lo entiendo, padre —inclinó la cabeza.

—Mas este percance no nos frenará, Juan. Aquí hay mucho que hacer. El hermano Juan de Granada me ha dicho en su carta que eres albañil de oficio y que ayudaste a levantar el convento de Nuestra Señora de Loreto —comentó entusiasmado—. Muy pocos, siendo tan devotos, poseen tales cualidades.

—Puedo ayudar en lo que se me pida —respondió Juan con ánimo—. Es mi deseo servir a Dios y a vos. Soy natural de Bollullos, y en mi corazón late la devoción a Nuestro Señor. Por ello partí de casa hacia el Aljarafe con los frailes, para ayudar a levantar el convento.

—Eres un alma buena, hijo. Tu ayuda aquí será indispensable. Justamente en este convento estamos en plena obra.

—Para mí sería un honor poder ayudar en ello.

—Te lo agradezco, Juan, en verdad. Dios te bendiga siempre —dijo el fraile, guiándolo hacia el lugar donde se apilaban cinceles, marros y andamios.

Juan vio a decenas de hombres: unos cortaban piedra, otros mezclaban cal, otros subían sacos por poleas rudimentarias. Allí se encontraba el maestro de obra, hombre de rostro duro y brazos gruesos.

—Hernando, buen día. Este es Juan, sirviente nuestro, proveniente del Aljarafe. Nos acompañará a Indias una vez que la embarcación sea reparada. Te ayudará en lo que haga falta.

—¿Has trabajado en obra grande? —preguntó el maestro, sin rodeos.

—En obra chica, sí... pero aprendo rápido.

—Aquí no hace falta aprender rápido. Hace falta no caerse del andamio. Precisamente ayer, un chaval resbaló de uno y se partió toa' la cara.

Juan miró el andamio. Pensó en el muchacho del que hablaban. No lo había visto, pero la imagen se le formó sola. En Sevilla, un solo mal paso bastaba para no levantarse.

—Bueno, yo me retiro. Tengo unos pendientes importantes que atender —dijo el fraile—. Juan, obedece en todo lo que se te pida.

—Así será, padre.

El maestro lo observó un momento más y luego señaló un montón de piedra.

—A ver qué tal. Ayuda a esos dos con la mezcla.

Juan asintió.

—Por cierto, ¿cuál es tu apellido, chaval?

—Calero, señor... —respondió mientras se arremangaba para comenzar su primera labor del día.

El maestro de obra le escrutó el rostro, como intentando reconocerlo. No había muchos con ese apellido por allí. Luego se marchó.

El ruido de las herramientas, el polvo de la piedra y el olor de la cal lo envolvieron de inmediato. Mientras trabajaba, sintió algo extraño: una mezcla de miedo y esperanza, como si el destino comenzara a asomar la cabeza tras un muro recién levantado.

Juan trabajó sin descanso durante la primera hora, mezclando cal y arena hasta que los brazos le ardieron. La humedad del amanecer no ayudaba: la cal se le pegaba a la piel y le dejaba un picor áspero, recordatorio de que allí nadie tenía vida fácil.

—Oye, muchacho —le dijo uno de los peones a su lado—. ¿De dónde sales tú? No te había visto por aquí.

Era un hombre de unos treinta años, de bigote recio y piel morena por el sol. Tenía las cejas pobladas, de azotador. Menecio, se llamaba.

—De Bollullos, señor —respondió Juan, limpiándose el sudor de la frente—. Llegué ayer.

—¿Y ya te metieron a la mezcla? —soltó una risa ronca—. Eso es señal de que quieren ver si te rompes pronto.

—Non pienso romperme —dijo Juan.

Menecio le dio una palmada en la espalda que casi lo desequilibra.

—Así se habla, zagal. Aquí en Sevilla, si pestañeas, otro te come el pan.

Siguieron trabajando hasta que el maestro gritó:

—¡Vosotros dos! ¡Arriba al andamio, que falta piedra!

Juan lo miró, dudando. Menecio lo notó.

—¿Miedo?

—Un poco —admitió.

—Pues que no se te note. En esta obra, si tiemblas, te mandan de vuelta a tu pueblo.

Subieron por la escalera de cuerdas.

El andamio se tambaleaba ligeramente con cada pisada.

Juan sintió que el estómago se le revolvía, pero siguió adelante.

Arriba, otro maestro los esperaba.

—Tú, el nuevo —dijo, señalando a Juan—. Pásame esas piedras pequeñas. No las grandes. ¿Sabes distinguirlas, o tengo que explicártelo?

—Sí, señor, las conozco —contestó, siguiendo la indicación.

Al principio las manos le temblaban, pero pronto encontró el ritmo: levantar, sostener, entregar, mantener el equilibrio. Menecio le guiñó un ojo, como diciendo: vas bien.

El sol comenzó a pegar con fuerza cuando sonó la campanilla del descanso.

Los hombres bajaron a tierra firme y se sentaron en círculo para comer.

Juan abrió su saco, tomó una pieza de pan y queso que guardaba.

—¿Eso es pan de casa, eh? Se le nota la mano de madre.

—Lo he hecho yo mismo —corrigió Juan; al decirlo, recordó la forma en que su madre lo preparaba cada semana y, de pronto, sintió un nudo en la garganta.

—Pues aprovéchalo mientras te dura —dijo otro peón, un hombre rubio, probablemente vasco—, porque en Sevilla todo cuesta más que la honra.

Hubo risas.

Juan también sonrió, aunque el pecho le dolía un poco.

Mientras comían, los hombres comenzaron a hablar de otros trabajos.

—Dicen que en Triana andan levantando nuevos astilleros —comentó el vasco—, que pagan bien si sabes manejar la madera.

—Y en el Arenal falta gente para cargar mercancías —dijo Hernando—, pero esos trabajos revientan la espalda.

—Y en la Casa de Contratación siempre necesitan escribientes —añadió otro—, aunque para eso hay que saber leer, y ya sabéis que aquí somos más de músculo que de pluma.

Juan escuchaba sin perder palabra.

Sevilla era infinita. Cada voz parecía mostrarle un camino posible... o un abismo.

—¿Y tú qué buscas, muchacho? —preguntó Menecio.

Juan pensó un momento antes de responder.

—He venido a servir. Busco ir a Indias con los frailes. Estaremos aquí un tiempo, en espera de que el barco sea reparado.

—Algo he escuchado de eso —añadió un tercero, cuya sonrisa dejaba ver más huecos que dientes—. La mar es feroz; muchas de esas naves no llegan, y otras, por gracia divina, regresan al hogar.

Juan lo miró, pensativo.

—También busco trabajo, sí... pero también... algo más.

—¿Algo más? ¿El qué?

El joven bajó la mirada.

—Non sabría decirlo.

Menecio soltó una carcajada.

—Pues cuando lo sepas, avísame. A ver si yo también me apunto, ¿vale?

El día terminó con los brazos entumecidos y las manos llenas de grietas. Pero Juan se sentía extraño: exhausto y vivo al mismo tiempo.

Al caer la tarde, volvió al interior del convento. A lo lejos, los pregones del Arenal seguían llenando el aire, ahora mezclados con el olor a pescado frito, a aceite caliente y al humo de los fogones encendidos en las tabernas.

Subió a su cuarto, se dejó caer sobre la cama y permitió que el cansancio lo venciera. Pero antes de dormirse, una idea insistía en su cabeza: estaba en Sevilla, y Sevilla empezaba a moldearlo.

La ciudad respiraba incluso de noche: susurros de pasos, risas apagadas, el golpe de una jarra, el canto desafinado de algún borracho. Todo llegaba por la ventana, filtrándose por las rendijas como un rumor inquieto.

Juan se incorporó. Observaba desde la ventana del claustro cada rostro que pasaba.

Cada hombre parecía cargar una historia.

Cada mujer, un destino entrelazado con la ciudad.

Cada ruido, una promesa o una advertencia.

Todavía era temprano. Quizá un paseo breve le despejaría la mente.

—¡Vino! ¡Vino del Aljarafe!

—¡Barato, barato!

—¡A la lotería del puerto! ¡Una blanca por intento!

Acudió al guardián para solicitar permiso de salir un momento; aquello de visitar cada lugar al que llegaba se le había vuelto costumbre.

—¿A dónde vas, Juan? —preguntó fray Francisco, sin levantar la mirada.

—A dar una vuelta. Me han autorizado salir. Necesito un poco de aire fresco, padre.

—Pues ten cuidado. De noche, Sevilla cambia de cara. Hay calles que engañan... y callejones que engullen.

Juan asintió, pero no retrocedió. Abrió la puerta y salió.

La ciudad estaba viva. No como de día, cuando todo era ruido y negocio, sino con una vida distinta: intensa, más peligrosa, más suya.

En una esquina, una mujer de vestido rojo, escote amplio y mirada sagaz lo llamó con un gesto.

—¿Te has perdido', guapo?

—Non, señora —respondió él, con timidez.

—Pues cuida tus bolsillos —le advirtió—. Aquí la noche tiene manos.

Siguió caminando.

Las tabernas iluminaban la calle, derramando luz amarillenta sobre el empedrado.

De una de ellas brotaba una canción rasposa, acompañada por una vihuela:

—*“Ay, riberas del Guadalquivir, que os lleváis penas que no son de morir...”*

Juan detuvo el paso.

Por primera vez desde su llegada sintió un golpe en el pecho. Sevilla no era solo ruido; también era música, nostalgia, un corazón enorme latiendo bajo la piedra.

Un grupo de marineros pasó empujándose y riendo, mientras un perro callejero husmeaba entre los restos de pescado. Más adelante se oían golpes secos: algún herrero nocturno que no conocía descanso.

Pero no todo era luz.

A la vuelta de una esquina, la calle se estrechaba en sombra. Unos muchachos se apoyaban contra la pared, cuchicheando en voz baja, mirándolo de reojo.

Juan se tensó.

Recordó lo que había dicho la posadera. Recordó también la advertencia del guardia en la Puerta de Carmona y la de aquella mujer lozana, del mal vivir.

Pasó cerca, procurando no parecer nervioso.

Los muchachos lo escutaron, pero no se movieron. Uno de ellos dijo algo en voz baja y rió.

Juan apresuró el paso... hasta que la calle volvió a abrirse en una plaza pequeña y más segura.

Observó el caserío, el rumor del viento. Aspiró los aromas de Sevilla, que iban y venían entre lo dulce y lo amargo del café. Contempló el camino de vuelta al convento, ahora más cauteloso; pese a todo, la ciudad tenía un encanto único, algo distinto a Bollullos.

La ciudad parecía observarlo.

Las sombras parecían tener oídos.

El aire olía a promesa... y a advertencia.

Cuando llegó al convento, fray Francisco lo miró de reojo.

—¿Te dije o non te dije que la noche tiene mañas?

Juan asintió.

Se dirigió a su cuarto.

Esta vez, el sueño vino rápido, pero no plácido. Soñó con la Giralda inclinándose sobre él, con el río arrastrando voces antiguas, con un anciano escribiendo nombres que no alcanzaba a leer.

En medio de todo, una sensación persistente: Sevilla lo había observado esa noche. Algo, en algún rincón de sus calles, ya lo estaba esperando.

Las jornadas siguientes no fueron distintas: mismo polvo, mismo peso en los brazos, mismo silencio áspero entre los hombres. Sevilla no aflojaba; se limitaba a repetir la prueba.

La luz del amanecer se filtró por las rendijas de la madera como dedos delgados e insistentes, empeñados en arrancar a los hombres de un sueño siempre escaso.

Juan abrió los ojos muy temprano. A lo lejos, en una posada cercana, se oyó a un hombre malhumorado golpear las puertas con un palo, despertando a todos a gritos:

—*“¡Arriba, holgazanes! ¡Sevilla no espera a nadie!”*

Algunos gruñeron; otros se incorporaron con lentitud dolorosa.

Juan se sentó frotándose el cuello. Aquello no era una cama, sino un catre con una manta que picaba.

Salió al pequeño patio interior. Una cubeta de agua aguardaba para enjuagarse el rostro; estaba helada, pero le despejó la mente.

Al llegar a la obra, advirtió que ya había varios hombres preparándose alrededor: cucharas de albañil, martillos, sogas, cuchillas, cuerdas.

Aquello era un ejército de trabajadores. Un ejército sin gloria ni alabanzas... pero sin descanso.

Oyó una risa áspera detrás de él.

—Tú eres el nuevo, ¿no? —dijo un hombre corpulento, con una cicatriz en la ceja y manos como palas.

—Sí —respondió—. Me llamo Juan Calero.

—Mateo —replicó el otro—. No me confundas con los otros dos Mateos de aquí. Yo soy el que trabaja de verdad.

Algunos rieron.

Juan sonrió con cautela.

Menecio lo examinó de arriba abajo.

—Eres de buen brazo. No te faltará trabajo, siempre que no seas flojo. Pero atento: aquí nadie es amigo de nadie cuando hay un capataz cerca. Si te toca un puesto bueno... no lo sueltes por lástima.

Juan no supo qué responder.

—Hoy toca suerte —dijo Mateo, mirando el cielo despejado—. Cuando el tiempo es bueno, siempre hay trabajo. Y cuando llueve... pues a rezar.

Juan se colocó entre ellos, procurando imitar su postura: firme, atento, sin parecer ansioso. Los capataces pasaban a caballo o a pie, revisando a los hombres como si fueran mercancía.

—Ése no, está cojo.

—Ése tampoco, tiene las manos blandas.

—Aquel sí, ese moreno es fuerte.

—Tú... y tú... y tú.

Era humillante.

Era cruel.

Era la realidad.

Juan tragó saliva.

Cuando un capataz del convento se acercó, todos se tensaron.

—¿Quién sabe labrar piedra? —gritó.

Juan dio un paso adelante sin pensarlo.

—Yo, señor.

El capataz lo observó con atención. Le tomó las manos y revisó los callos.

—Hum. Has trabajao'. ¿Dónde?

—En el Aljarafe y en mi Bollullos natal, en obras menores: reparaciones, restauraciones... lo que diera de comer.

El capataz asintió.

—Te tomo. Sígueme.

Menecio le devolvió el gesto con una leve sonrisa.

Juan sintió el corazón golpearle el pecho.

Mientras seguía al capataz, pensó que Sevilla era dura, sí... pero también un lugar donde un hombre podía levantarse desde el barro, si tenía fuerza y constancia.

Y Juan las tenía.

El capataz caminaba deprisa, como si la ciudad entera le perteneciera. Juan lo seguía, aún incrédulo por haber sido elegido entre tantos.

Al llegar a la parte trasera del convento, se detuvo.

Juan jamás había visto nada igual.

Los muros se alzaban como acantilados de piedra dorada. Las gárgolas parecían vigilar desde las alturas, y el enorme cuerpo del edificio respiraba solemnidad y trabajo incansable: golpes de martillo, poleas chirriantes, voces que rebotaban en los muros.

—Adentro —ordenó el capataz.

Cruzaron un arco y entraron al claustro. Una nube de polvo se alzó cuando varios obreros golpearon un bloque de piedra. El olor a cal, sudor y madera recién cortada llenaba el aire.

—Escucha bien —dijo el capataz, clavando los ojos en Juan—. Aquí no hay lugar para torpes. Cada piedra es dinero, y cada error cuesta días. Si trabajas bien, te llamaré mañana. Si no... te vas por donde viniste.

—Sí, señor.

El capataz hizo una seña.

—¡Carlos el Mayor! ¡Tráeme al maese cantero!

Se acercó un hombre robusto, de barriga prominente, barba gris y ojos astutos. Llevaba un mandil cubierto de polvo fino y una regla de hierro colgada al cinto.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó sin molestarse en ser amable.

—Otro mozo. Dice que sabe labrar piedra.

El maestro cantero miró a Juan como un panadero examina un pan mal hecho.

—¿Sabes... o crees que sabes? —preguntó.

Juan alzó la cabeza.

—Sé lo suficiente para trabajar... y para aprender lo que no sé.

Una chispa de interés cruzó fugazmente la mirada del maestro.

—Veremos —gruñó—. Ven conmigo.

Lo condujo a una zona donde varios bloques de piedra se apilaban, cada uno marcado con números y signos.

Los obreros trabajaban en silencio concentrado, levantando un polvo blanco que hacía brillar la luz del sol como si nevara dentro del claustro.

—Este —dijo el maestro, señalando un bloque de media altura—. Quiero que lo rebajes hasta la marca. Recto. Sin torceduras. Sin comer de más. Te dejo mis herramientas... pero si las rompes, las pagas.

Juan tomó el cincel y el mazo.

El peso le resultó familiar.

El agarre también.

Golpeó.

¡Clac!

La piedra respondió como una voz antigua.

El maestro cantero observaba sin decir palabra.

Juan golpeó de nuevo, con precisión.

El bloque empezó a obedecer, desprendiendo pequeñas lajas blancas. En poco tiempo había esculpido una línea recta, limpia, firme.

El maestro se cruzó de brazos.

—Hum. No eres un inútil, por lo visto.

—He trabajado la piedra toda mi vida —dijo Juan, sin levantar la vista.

—Veremos si también puedes trabajarla todo el día, no solo un rato.

Desde atrás, algunos obreros jóvenes murmuraron entre ellos:

—*“El nuevo no lo hace mal.”*

—*“A ver cuánto dura.”*

—*“El convento no es una casa de pueblo; aquí la piedra te traga vivo.”*

Juan fingió no escuchar.

Siguió trabajando: mazo, cincel, respiración, polvo, precisión. Pasaron horas.

El sol ascendió y descendió frente al ventanal del claustro. Los brazos de Juan ardían. El sudor le corría por la espalda como un río.

Pero no se detuvo.

Finalmente, el maestro cantero volvió.

—Déjame ver...

Pasó la palma por el borde.

Comprobó la rectitud.

Golpeó dos veces la superficie para probar su consistencia.

Luego asintió.

—Bien. Para ser tu primer trabajo aquí, está bien. Mañana veremos si sigues vivo para labrar otro bloque.

Eso, en la lengua de los canteros, era un elogio.

Juan sintió un nudo de orgullo en la garganta.

—¿Puedo seguir con otro? —preguntó.

El maestro lo miró sorprendido y soltó una carcajada breve.

—Aquí nos hará falta gente como tú.

¡Bienvenido a Sevilla, muchacho!

Entre cincelazos, piedras y cal en las uñas, también existían momentos especiales durante el almuerzo —no todo era trabajo duro—. Ahí había risas, rumores y canciones mal afinadas; también charlas interesantes: historias de barcos que traían oro y riquezas de tierras lejanas, de marineros que hablaban de selvas, pueblos remotos y aventuras imposibles.

—Dicen que buscan hombres para tierras nuevas —comentó Miguel Carbajal—. Gente joven, fuerte, con coraje... y que no le tema al río ni a la mar.

Juan sentía un cosquilleo en el estómago cada vez que escuchaba esas palabras. Su mente se iba, de forma inevitable, más allá del andamio y la piedra: un sueño, su destino.

Recordó entonces una frase que alguna vez le dijo a su padre cuando era niño, justo antes de que este partiera a la mar: *algún día él también cruzaría el mundo, igual que él.*

El tiempo pasó y, con él, Juan empezó a destacarse. Su pulso firme con el mazo lo hacía más rápido y preciso que muchos mozos veteranos.

Su curiosidad lo llevaba a observar a los maestros con atención, aprendiendo gestos, métodos y secretos del oficio. Y así, mientras el convento crecía piedra a piedra, Juan crecía en habilidad, temple y conocimiento del mundo que lo rodeaba.

Cada día lo acercaba un poco más a aquello que siempre había soñado: cruzar hacia tierras nuevas, donde su destino lo aguardaba, más allá del río que marcaba el horizonte de Sevilla.

Cuando Juan regresó al interior del convento, la noche había vuelto a caer y una neblina suave se deslizaba entre las calles estrechas.

El bullicio de Sevilla se había transformado en otro distinto: voces de taberna, risotadas, alguna disputa aislada y el cante ronco de un marinero que entonaba mal una copla aprendida en la mar.

Juan empujó con cuidado el portón del claustro y se encontró con fray Francisco, que llevaba bajo el brazo unos escritos enrollados.

Juan sonrió, vencido por el cansancio.

—Ha sido un día largo.

—Así es Sevilla, hijo —respondió el fraile, posando la mano en su hombro—. Te agradezco lo que has hecho por nosotros. He visto tu trabajo; es digno de admiración.

Juan inclinó la cabeza, agradecido.

—Tengo buenas noticias —añadió fray Francisco—. Me ha llegado aviso desde el puerto: el barco en el que partiremos ya ha sido reparado y reforzado. Ninguna inclemencia de la mar nos hará daño.

—¿De verdad, padre?

—Tan cierto como el mismo aire, hijo. Eso significa que nuestra estancia aquí será breve. Partiremos este próximo viernes, a primera hora.

Los ojos de Juan se iluminaron con la noticia. Pronto cruzarían la mar, rumbo a su destino.

—Por ahora, debes tomar descanso. Bien merecido lo tienes.

Con los músculos en llamas y el corazón lleno de un extraño optimismo, Juan agradeció el gesto y se dirigió a su habitación. Se dejó caer sobre el catre; el cansancio lo había vencido.

Antes de dormirse comprendió que Sevilla era dura y despiadada, pero también estaba hecha de capas de humanidad: camaradería, consejos velados, advertencias disfrazadas de chanzas.

Cerró los ojos.

El sueño lo tomó por completo.

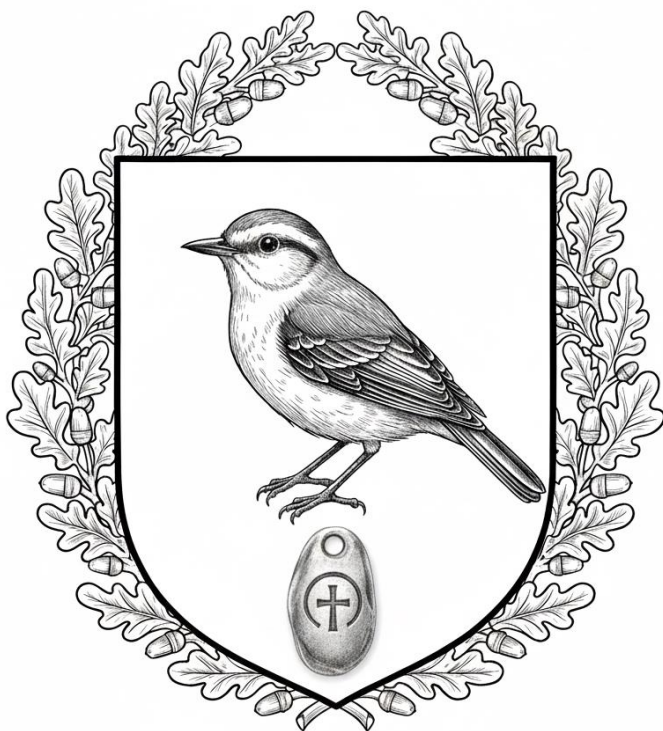
El día siguiente lo aguardaba, lleno de piedra y trabajo.

— *Ay Sevilla, madre fiera.* —



INTERLUDIO I

El llamado divino.



— *Lumbre del cielo.* —



En lo profundo del sueño, Juan advirtió un aroma cálido y reconfortante, algo que se siente como el hogar.

Caminaba entre la arboleda cuando un paraje familiar se presentó frente a sus ojos: se trataba del bosque cercano a su hogar natural, en Bollullos.

Aquello resultó increíble para el joven Calero; la nostalgia lo asaltó de inmediato y, más allá, aparecieron las puertas de aquella pequeña choza donde pasó los mejores años de su niñez y parte de su adolescencia.

De pronto, se vio de pie sobre un río de luz que fluía como oro líquido. El aire brillaba con una calma infinita, y el murmullo de las aguas parecía resonar en cantos antiguos que hablaban directamente a su alma.

El viento traía aromas de sal y madera, y un murmullo lejano parecía susurrarle palabras que no alcanzaba a comprender.

De forma inesperada, una figura se acercó desde la luz: era Jesús Nazareno, de rostro apacible y una mirada profunda que reflejaba la eternidad. Non hablaba con voz de trueno, sino con la calma de quien conoce cada secreto del corazón humano.

—Hijo mío —dijo el Redentor; su voz resonó como campanas doradas—, has trabajado entre piedras y polvo, pero ¿comprendes la piedra que hay en tu alma?

Juan se arrodilló, temblando ante la majestad de la visión.

—Señor, siento que hay algo dentro de mí que non descansa... un llamado que me lleva más allá de la mar —respondió—, pero non sé si soy digno ni capaz.

Jesús se inclinó hacia él, y la luz de su presencia se intensificó, envolviendo a Juan por completo.

—Todo corazón que desea servir con fe es digno —dijo—. En verdad te digo que existen pueblos que claman sin ser oídos —le miró a los ojos—. Donde haya hombres que sufren, donde haya corazones que clamen sin saberlo, allí hallarás la verdad que Yo he puesto para ti. Tú llevarás consuelo, instrucción y esperanza donde nadie más puede llegar. Mira más allá de lo visible, confía en Mi guía, y hallarás lo que tu espíritu busca.

Y entonces, con un gesto suave, extendió su mano y le entregó un pequeño amuleto de metal bruñido, en forma de cruz antigua, adornado con símbolos que Juan no comprendía del todo.

—Guarda esto —dijo Jesús—. Será señal de Mi presencia y de tu camino. No pierdas la fe, y deja que tu corazón se encienda con la llama del servicio.

Juan tomó el amuleto, sintiendo un calor suave recorrer su palma, y en ese instante supo que debía cruzar la mar, servir y cumplir el propósito que Dios había puesto en su alma.

Cuando despertó, no hubo sobresalto ni miedo: solo una serenidad profunda. Afuera, un ruiseñor cantaba entre los naranjos y limoneros de la calle, y el aire traía el aroma dulce de jazmines en flor, mezclado con la brisa matinal de Sevilla.

Juan vio que el amuleto estaba todavía en su mano, cálido y pesado, como si la visión no hubiera sido solo un sueño, sino un mensaje tangible de Dios.

Con un suspiro profundo y la certeza llenándole el pecho, se incorporó en el camastro. Cada fibra de su ser vibraba con un propósito nuevo, un fuego silencioso que lo llamaba hacia tierras desconocidas y hacia su vocación de servicio divino.